

UN DELICADO MATIZ DE KIPNEY

Nancy Kress

La autora tiene 29 años y esta graduada en pedagogía. Enseñaba en el cuarto curso, y su ocupación actual es la máquina de escribir junto con sus dos hijitos. Asegura que cuando conoció al doctor Asimov, con ocasión de dar éste una conferencia en una Universidad local, fue en una cena y que el doctor sintióse más impresionado por las tostadas que ella había preparado que por su interés en la ciencia-ficción.

En el cielo corrían unas nubes bajas y grises, y por debajo una niebla espesa amortajaba a la tierra. Había terminado de llover, y estaba a punto de lloviznar con unas gotas pegajosas como lapas, que no podían distinguirse de la niebla, siempre presente. Hacia el Este, las nubes palidecían casi imperceptiblemente, y los árboles kiril que puntuaban la llanura giraban apresuradamente sus hojas verde-gris hacia aquella luz antes de que se perdiese.

Un muchacho se hallaba sentado en el promontorio que bruscamente se elevaba a un lado de la llanura, antes de que ésta se quebrara en varios barrancos. Sus musculosos brazos estaban enlazados en torno a las rodillas que, como las de los chiquillos, estaban llenas de arañazos. Bajo su áspera túnica parda, sus nalgas desnudas se apretaban contra la húmeda hierba. Estaba inmóvil, absorto, mirando como en trance el cielo de la parte de Oriente.

— ¡Wade!

El chico volvióse sin levantarse y atisbo por entre la niebla. Era difícil ver con claridad a unos cuantos metros.

— Wade, ¿estás aquí?

— Oh, eres tú, Thekla. Sí, estoy aquí. ¿Qué otra persona podía ser?

De manera espectral, su hermana se materializó en la niebla, con su túnica gris fundiéndose con la misma, y su hijo menor cabalgando en su cadera. El bebé miró a Wade con expresión solemne.

— Pensé que estarías aquí. ¿Qué tal te ha ido hoy?

— Realmente maravilloso —replicó Wade— Mucho más brillante que los demás crepúsculos. La parte inferior era un gris delicado, ligeramente abrigado con plata.

— Hum...vaya matiz hermoso de tlem.

Es el color exacto que necesitaba para la pintura. ¡Si ahora hallase el modo de mezclarlos! —Miró ansiosamente a Thekla, que sólo tenía cuatro años más que él, pero siempre era mucho más hábil en la interminable búsqueda de ideas—. ¿Se te ocurre

— No, pero lo pensaré. Wade, será mejor que bajes a desayunarte. Madre me ha enviado en tu busca. Está a punto de servirlo.

Los músculos del cuello de Wade se tensaron.

— Creí que era más temprano.

— Lo es. Bueno, es que esta mañana nos desayunamos antes porque Brian nos despertó cuando iba proclamando la noticia. Jenny tuvo anoche su hijito. Es una niña y ambos están muy bien.

Thekla sonrió, y su hermano comprendió que se trataba todavía de la sonrisa deslumbradora y fraterna que había logrado que él, de pequeño, la siguiese a todas partes, tropezando alegremente por entre la niebla, una sonrisa que últimamente había sido tan rara. Pero ahora se armonizaba con su afilado rostro, y con la postura

torpe que siempre adoptaba, con un hombro algo más elevado que el otro. Algo le había pasado a una cadera con el nacimiento del último niño, aunque no le habían contado a Wade la causa. Experimentando un gran pesar, el joven desvió la mirada para contemplar la niebla, perfecta y desencarnada.

— Me alegro. Precisamente estaba pensando en Jenny —añadió, tras una pausa—. Tal vez esto le ponga a él de buen humor. Cuarenta y nueve años ya...

Los dos hermanos tendieron la vista por la llanura, donde las pequeñas cabañas se agrupaban en torno al casco sin vida de la nave espacial. La niebla iba derivando y por un momento distinguieron con claridad los restos de la nave, larga y grotesca, totalmente oxidados y, en un ángulo agudo con el resto, la sección de observación trasera, milagrosamente suelta y conservada en su conjunto por los inexorables vectores de la casualidad. Luego, la niebla volvió a espesarse una vez más.

La pausa se alargó, rota solamente por el suave murmullo de algún animalillo escondido entre la informe niebla gris.

«¡Kee-day! ¡Kee-day!»

—Bien, vamos —decidió Wade con desgana—. Es forzoso ir allá.

El interior de la pequeña cabaña vibraba de color.

Todas las paredes estaban cubiertas de cuadros, de grabados brillantes cuidadosamente arrancados de un libro de arte y pegados en apretadas filas, como para disimular en lo posible la piedra local. Obras maestras de varios siglos de antigüedad se codeaban entre sí alocadamente, sin respeto por la cronología, como si sólo hubiesen sido elegidos por sus brillantes colores y sus líneas puras y duras. Picasso, Van Eyck, Miró, Vermeer, Grunewald, Reznicki...

En el centro de la pared que miraba a la chimenea había un grupo de paisajes hechos sobre tablas partidas de madera de kiril. Los dibujos eran ciertamente hábiles, pero los colores resultaban ostentosos, más fuertes que en la vida real, como dados por una mano inexperta y desesperada, la mano de un artista que hubiese olvidado que la Naturaleza puede ser sutil. El Gran Cañón al atardecer destellaba en naranja, rojo y amarillo ácido; una selva se veía lujuriente bajo un cielo color turquesa. Las cataratas Victoria daban lugar a un arco iris morbosos, acerado.

Los otros ya estaban sentados a la mesa. Wade deslizóse hacia su sitio y miró una vez más el Broadway Boogie-Woogie, de Mondrian, en la pared opuesta a él, y se estremeció. Rápidamente dirigió su vista al plato que tenía delante, pensando en sus cuadros prudentemente guardados en la buhardilla donde dormía, como jugando con sus matices suaves, casi imperceptibles; el último llevaba el sangrado al borde de la derecha, según podía percibir la mirada, de eso estaba seguro. Si al menos pudiera mezclar ese matiz de tlem, el que sólo se discernía cuando la luz había...

—Wade, Jenny tuvo el bebé anoche —comunicó su madre con su suave voz—. Gracias a Dios, es una niña.

—Thekla me lo contó —repuso Wade. Miró al ajado rostro de su madre con cariño—. Los dos están bien. Esto es maravilloso.

—¡Señor, cuarenta y nueve! —exclamó el abuelo con voz cascada—. Cuarenta y nueve y ya hay otras dos embarazadas en este instante... Cathy y la hija de Tom..., ¿cómo se llama?... Suja. ¡Todavía lo conseguiremos!

—Sí, señor —asintió Wade.

Su abuelo estaba contento, como siempre que se aumentaba la colonia, y quizá por la mañana le dejaría tranquilo, le permitiría ¡escapar a lo corriente... Empezó a comer con rapidez.

Thekla terminó de atar su bebé a una sillita alta y empezó a llenar de comida el plato de su hija de cinco años. La niñita pateaba rítmicamente con sus talones las patas del tosco banco de madera y el viejo frunció el ceño.

—¡Basta, Malki, basta ya! Un estrikland se muestra reverente cuando se pronuncia la acción de gracias. ¡Recuérdalo!

¡Maldición! No había escapatoria.

El abuelo paseó su mirada en torno a la mesa para asegurarse de que los cuatro habían cruzado las manos e inclinado las cabezas. El bebé de Thekla le miró fijamente.

—Tierra, permite que te veamos una vez más, verde y floreciente, si es posible. Si no... —aquí siempre hacía una pausa angustiosa, y Wade se preguntó qué escenas de desolación se formaban en la mente del abuelo—. Si no, deja que veamos a tu vastago, Nueva Tierra, y que llevemos allí un grupo leal de colonos que ayuden a preparar la Vuelta. Y si ni siquiera esto es posible... —otra vacilación de angustia— entonces permite que reconstruyamos aquí la Tierra, conservando, por encima de todo, las grandes tradiciones culturales que hace tanto tiempo nos fueron confiadas, y que algún día podamos llevarlas a las estrellas.

Wade captó, por el rabillo del ojo, la mirada de Thekla. La muchacha sonreía al tiempo que movía la cabeza.

—¿Qué es una estrella, bisabuelito? —inquirió Malki.

—Ayer me preguntaste lo mismo, Malki —respondió el viejo, mirándola fieramente—. Y te lo conté. Una estrella es una bola de fuego enorme que está en el cielo y da luz y calor.

La niña miró a la chimenea, donde constantemente ardía un fuego que combatía la humedad producida por la niebla. Abrió la boca, sus ojos expresaron cierta duda, contempló un instante el rostro de su bisabuelo y murmuró:

—He cogido una no-rana.

—¿De veras? —preguntó el viejo, sustituyendo el enfado por el contento, mientras los demás se relajaban—. ¿Y qué hiciste con ella?

—Oh, la solté. Aunque era muy bonita. Era tlem.

—¿Qué? —se extrañó el abuelo.

—¿Qué dijo la no-rana, Malki? —quiso saber Thekla, apresuradamente.

Dijo algo como esto: ¡kee-day, kee-day, kee-day!

La vocécita de la pequeña imitó tan bien el croar de la no-rana que incluso el abuelo sonrió.

—Después del desayuno te enseñaré un dibujo de una rana auténtica, que está en el Libro. La dibujó hace mucho tiempo un hombre llamado Nussivera.

Paseó su mirada por la estantería donde se hallaban como entronizados cinco libros muy deteriorados. Historia del Arte Occidental; Mil Años de Pintura, de Petyk, algunas de cuyas páginas habían sido arrancadas para adornar las paredes; Las obras Completas de Shakespeare; la Biblia; y una dudosa novela popular cincuenta y tres años antes, titulada Ama hasta que caiga el Cielo. Los cinco libros se hallaban en un estante de la cabina posterior de observación cuando el Aterrizaje de Emergencia terminó en catástrofe.

Sobre una pequeña abrazadera lindamente labrada, bastante más abajo del estante a fin de tornar imposible la más remota posibilidad de incendio, ardía una vela de día y de noche.

—¿Qué es una rana auténtica, bisabuelito?

—Es un pequeño anfibio verde. Se parece mucho a una no-rana, pero camina a saltos.

—¡Nada camina a saltos nunca! —exclamó la niña, abriendo mucho los ojos.

—Nada de lo que vive aquí —sonrió Wade—, pero recuerda, Malki, que Keedaythen no es el único lugar...

Calló bruscamente, gruñendo interiormente, aunque sabía que ya era tarde.

El abuelo se puso de pie, temblando con violencia.

—¡Esto no es Keedaythen! —gritó—. ¡Esto es el Exilio! ¡No lo olvides, jovencito! ¡El Exilio! ¡El Exilio! No es un hogar al que puedas darle un nombre. Un hogar...

—añadió con tono despreciativo—, este pedazo de... de... tierra lleno de niebla...

Se interrumpió, con el rostro enrojecido y los ojos desorbitados. La madre de Wade corrió hacia él.

—Siéntate, padre. Todo está bien. No debes excitarte, ya sabes que es malo para tu salud. El chico no quiso decir tal cosa...

Con los ojos le hizo señas a Wade para que se marchara. El muchacho se hallaba ya cerca de la puerta cuando le detuvo la jadeante voz del abuelo.

—Un momento, chico. Tú piensas que no sé que guardas esa bazofia a la que tú llamas pinturas. ¡Al diablo que no lo sé! —empezó a toser—. Hay que conservar la herencia cultural —más toses—, y eso sin composición ni valores y menos aún con agrupaciones geométricas...

—Vamos, padre, siéntate unos minutos y todo irá bien. Thekla, tráele un poco de agua. Así, esto es mejor... Siéntate.

—... pervirtiendo el sagrado tesoro...

La tos no le dejó continuar.

Wade huyó desalentado.

Toda la mañana la pasó azadonando no-patatas, hundiendo la azada más de lo necesario en la tierra esponjosa por la humedad. Por la tarde hizo leña de kiril, escogiendo los árboles que crecían en los barrancos, ya que era más difícil acarrearlos. Al anochecer, a Wade le dolían todos los músculos hasta la nuca, pero se hallaba ya lo suficiente calmado para volver a la cabana. Sin embargo, sabía que en lo más hondo de su ser, el resentimiento sólo estaba adormecido.

El crepúsculo lo adormeció un poco más. Contempló casi en éxtasis cómo la luz se desvanecía, apoyado en su hacha, los ojos fijos en las nubes que se divisaban a través de la niebla, pasando de un matiz gris al tlem y luego al pizarra, hasta llegar a un delicado kipney. La niebla transportaba los olores de las plantas mojadas por la lluvia, de las hojas corrompidas, así como el aroma casi hiriente de la leña de kiril.

No sería posible retratarlo todo en el último cuadro, pensó Wade con una curiosa mezcla de gratitud y desesperación. Ningún artista podría conseguirlo... «Ni siquiera yo, maldita sea.» La matizada suavidad, el matiz del gris, la... *exactitud* de su aspecto antes de oscurecer. Ah, el mundo era tan condenadamente bello...

Cambió de postura, flexionando sus envarados músculos, mas sin apretar la vista del brumoso cielo, en tanto los líquenes crujían suavemente bajo sus botas. Se inclinó y, cuidadosamente, los arrancó de entre las rocas. ¿Y si los pulverizaba y les añadía tal vez un poco de arcilla del río? ¿Daría la combinación el matiz plateado del tlem?

Empezó a silbar una melodía sin palabras, sin darse cuenta de ello, mientras restregaba los grises líquenes con una mano sobre el dorso de la otra y analizaba los matices resultantes. No se dio cuenta de la figura que se iba deslizando por entre la niebla, hasta que su madre se materializó a su lado.

—Wade, ¿te encuentras bien?

Toda su vida, éste había sido el saludo de su madre, una pregunta que la tranquilizaba, formulada como si desease afirmar su derecho a hacerla. Wade se acordó de pronto de las tres losas del pequeño cementerio, con la frase «Al amado Hijo de Janice» grabada en ellas, así como de la otra que llevaba el nombre del hombre destinado a ser el padre de dos de ellos y del propio Wade.

—Sí, madre, estoy bien.

Estuvo a punto de mostrar su mano coloreada de gris por los líquenes pero se arrepintió. Sería mejor enseñársela a Thekla.

Callaron los dos, aspirando el aire húmedo y contemplando el modo en que la neblina gris suavizaba las herramientas apoyadas, fabricadas con gran simplicidad; eran las improvisaciones de una sociedad pionera que empezaba todo de nuevo.

—Es muy viejo, Wade. Y esto no lo recuerdas a menudo —murmuró de pronto la madre.

Wade no respondió y apretó fuertemente los labios. Por entre las rocas chilló una

no-rana: kee-day, kee-day...

—Ochenta y tres, según el sistema de cálculo que suele usar. —La voz de la madre era más suave, casi suplicante—. Ochenta y tres, y el último en marcharse. Nosotros no sabemos lo que sufrieron, Wade. Abandonar un mundo al borde de la guerra y llevarse consigo todos esos libros, esos tesoros de arte al único lugar que quedaba a salvo, y luego, después de dormir todos esos años... —Wade captó la pequeña vacilación en la voz de su madre, el balbuceo psicológico ante lo ilógico del concepto—, perderlo por tan poco.

—Oh, madre, no por tan poco —objetó Wade, impaciente—. ¡Se trata de un planeta ya muy lejano! ¡De un mundo totalmente distinto!

—Sé que a nosotros nos lo parece así —suspiró ella—. Pero después de haber viajado tanto, nueve años-luz, sufrir ese fracaso... —otra vacilación—, estar sólo a un planeta de distancia parece muy poco, supongo.

La madre contempló las nubes que se iban oscureciendo, detrás de las cuales, en alguna parte, se hallaba el mundo tan semejante a la Tierra, con su floreciente colonia. Nueva Tierra. Detrás de las nubes, asimismo, se hallaban el Sol, que el abuelo insistía en llamar «Beta Hydri», y todas las demás estrellas, inimaginables. Wade se movió con desasosiego. Si mezclaba los líquenes pulverizados con un poco de kipney pálido...

—Ah, de niña —prosiguió la madre—, cuando aún vivían los Cinco Supervivientes, les escuchaba una y otra vez hablar de lo mismo, y solía preguntarme por qué aquel tema era tan interesante para ellos. Mi madre sollozaba por todos los libros y pinturas destruidos en la catástrofe. Tío Peter movía la cabeza y decía que habrían significado mucho para Nueva Tierra. Entonces, mi padre levantaba los hombros (ya sé que tú no te acuerdas de cuando era fuerte y estaba sano, pero yo sí, Wade), y decía con su voz engolada: «Si os vieseis abandonados en una isla desierta y por toda compañía tuvieseis un libro...» Los demás se reían pero sin alegría, y mi padre añadía: «Pero nosotros tenemos cinco. Bueno, en realidad, sólo cuatro decentes. ¡Toda una cultura!» Y entonces tía Alia gemía y aseguraba que esto no habría significado tanto sin un auténtico artista y un historiador de arte como el profesor James Strickland, que ayudó a traspasar esa cultura, y que aunque Nueva Tierra había padecido su pérdida, eso había ganado Exilio.

Wade pasó el peso de su cuerpo de un pie al otro. Estaba oscureciendo de prisa. La madre descansó sus manos sobre los hombros de su hijo.

—No se siente bien, Wade. Ya no se aparta del fuego, y ni siquiera soporta la vista del exterior... Incluso cerca del fuego tose por culpa de la humedad. Esos panoramas le trastornan. Sí, lo sé, tú has refrenado tus ímpetus esta mañana, pero, ¿y ayer o anteayer? Ya no puede durar mucho. Por favor, Wade...

—Por favor, ¿qué? —musitó el muchacho por entre sus comprimidos labios.

—Por favor, no pintes más cuadros con la niebla gris. Pinta como él quiere.

— ¡No puedo!

—Entonces, no pintes nada. Por favor. Yo diré que los otros necesitan gente para la siega, y tu abuelo no está ya en condiciones de averiguar dónde estás.

No pintar. No sentir la suavidad del manchado pincel entre los dedos, el poder que desciende por el brazo, y la sublime y enorme satisfacción de los matices sutiles esparciéndose por encima de la tabla de kiril, sin parecer rozarla siquiera...

—Por favor, Wade. Significa tanto para él... Es como una herencia que debe dejar a los demás. Esto es lo único que le mantiene con vida, esto es lo que le permite seguir adelante... y a todos nosotros con él, no lo olvides, no lo olvides nunca.

La madre tenía el rostro totalmente en la oscuridad. Wade le tocó las ajadas mejillas y la piel todavía lisa gracias a la eterna humedad, aunque ya algo hundida, muy tensa en el contorno de una cara que había contemplado con vigor las duras tareas, los partos obligatorios y la lucha por la supervivencia, todos los días de su vida, sin tiempo para lujos, ni aún menos para la pintura, que era la herencia que ella le había transmitido a su hijo.

—¿Y tú, madre? —preguntó Wade con desesperación, con la voz quebrada por el elevado volumen conseguido por su garganta juvenil—. Siempre él... en todo siempre él. ¿Y tú? ¿No puedes tener una opinión propia? ¿Qué herencia cultural deseas para mí?

Apartó las manos de los hombros del muchacho y a través de las tinieblas su voz sonó cansada de tantas semanas, meses y años de lucha y de trabajo:

—No lo sé, Wade. No tengo ninguna que darte.

Wade no pintó. Se dedicó a arrancar las no-patatas, a cazar los pequeños y veloces glarthenes, a cortar leña de kiril, y no pintó. Cumplió su turno en el telar a mano y ayudó a techar la cabaña de Ciegler, pues el invierno se acercaba, realizó una excursión con el fin de extraer sal de las piedras salinas y no pintó. En los suaves atardeceres de otoño se sentaba con los demás junto a la chimenea y escuchaba cómo su abuelo leía las extrañas comedias de Shakespeare o discutir respecto a los Delineístas de finales del siglo anterior. Mientras el abuelo hablaba, Wade fijaba sus ojos en las temblorosas y amarillentas manos que ya nunca volverían a manejar un pincel.

Una vez, de manera casi formal, el viejo le enseñó un Tohaku del siglo XVII, del Libro. Representaba un pinar visto a través de la bruma matutina.

—¿Ves? —dijo con voz temblona—. Aquí hay niebla, pero el énfasis se halla en los árboles, y se conservan la composición y los valores. Si tú, muchacho, usaras tu talento en hacer algo como esto, entrarías a formar parte de una gran tradición.

Por un momento, Wade lo vio todo rojo, un rojo lívido, muy feo, que hizo que su cuerpo se enroscase, si bien su mente deseaba ignorar el hecho de que, viniendo de su abuelo, aquello era una proposición de paz. Paz, cuando podían transcurrir muchos años. ¡Oh, Dios, años no!, antes de que pudiera volver a pintar, y el viejo continuaría proponiéndole ejecutar aquellos horribles cuadros, y probablemente viviría hasta los cien años... ¿Y qué clase de individuo era el que deseaba la muerte de otro? ¿En qué le convertía este deseo?

El abuelo se encogió en su banco, apretando el libro contra su pecho y contemplando a Wade. Este movió la cabeza convulsivamente, vio que su madre le miraba atemorizada desde el otro extremo de la habitación, y consiguió murmurar con voz casi firme:

—Nunca he intentado pintar un paisaje envuelto en la niebla.

Hubo una larga y penosa pausa. Finalmente, el abuelo miró al suelo, y durante el resto del invierno apenas le dirigió la palabra a su nieto.

Llegó la primavera. La niebla perdió su condición invernal y su frialdad, y olió a una nueva vida de color verde-gris y a tierra mojada. Wade, muy inquieto, empezó a dar largos paseos al anochecer, andando al azar a través de la bruma, sin buscar siquiera la compañía de Thekla. Mientras caminaba, llevaba la mano derecha fuertemente aprisionada en la izquierda.

Una noche regresó muy tarde. Su madre le vio entrar, seguramente con la intención de obligarle a cenar un poco, pero él evitó su mirada y trepó la escalerilla hasta el desván donde dormía. Ella suspiró y volvió a ayudar al abuelo a retocar los colores de los paisajes terrestres.

—Más rojo en éste, Janice —insistió el anciano—. ¿No ves que resulta muy soso? La maldita niebla lo decolora todo. ¡Debería de ser escarlata o carmesí, diablo!

El desván estaba sofocante, como empujado. Wade se tumbó en su jergón y contempló la especie de cúpula, hecha con madera de kiril, del techo, donde una no-araña se hallaba tejiendo una tela muy intrincada. Se volvió de lado y examinó la trama de la pesada manta. Se puso boca abajo y trató de dormirse por un esfuerzo de voluntad. Al fin, se dejó caer del jergón y lentamente, con sus encallecidos dedos temblándole un poco, abrió la pequeña alacena que él mismo había construido debajo de las tejas.

Habían desaparecido.

Unas cuantas pellas de pintura seca se estremecieron en los toscos estantes. Todos sus pinceles estaban allí, así como una tabla de kiril, terriblemente llena de arena, pero por lo demás, la alacena estaba vacía. Todos los cuadros, todos, habían desaparecido irremediabilmente.

—¡Madre! ¡Thekla! ¡Malki! —Wade casi rodó por la escalerilla, y se dirigió hacia la niña, que estaba inclinada sobre su pizarra de los deberes—. ¡Malki! ¡Has vuelto a enredar en mis cosas! ¿Qué has hecho con ellas? ¿Dónde están? ¡Oh, Dios mío..! Malki chilló y corrió a refugiarse en su madre. Wade la cogió por los hombros y la sacudió con violencia, como a una muñeca de trapo. Thekla golpeó los brazos de Wade, gritando enfurecida, y por fin sus palabras atravesaron la niebla rojiza del cerebro de Wade.

—Ella no los cogió, Wade. ¡No los cogió! ¡Déjala en paz, que le haces daño! ¡Wade, ella no los cogió!

Wade soltó a Malki, la cual, sollozando, se refugió en los brazos de Thekla, quien la levantó del suelo. Wade se enderezó con lentitud, y lentamente, sus ojos se fijaron en su abuelo.

—No —susurró—, tú no puedes haberlo hecho.

El viejo se encogió en su banco.

—Tú no pintabas nada; tienes talento, pero no sabes utilizarlo, chico. Y tienes una obligación para con la colonia...—Empezó a balbucear en su banco, más temblorosa la voz a medida que la elevaba de tono—. Puedes hacerlo, pero este maldito infierno te ha echado un embrujo, y esos cuadros te impedían demostrar tu verdadero talento. ¿No lo ves? ¡Tenía que quemarlo! ¡No me quedaba otro remedio!

Wade dio un paso al frente, pétreo el rostro, apretando los puños a sus costados.

—¿Y quién diablos crees que eres? —gritó su abuelo, levantándose y empuñando su bastón—. Todos nosotros... obligación... herencia cultural... recuerdo de la Tierra...

—¡El recuerdo de la Tierra! —tronó Wade—. Dios mío, odio ese maldito lugar. ¿De qué nos han servido los recuerdos de la Tierra, sino para estrangularnos? Esto no es la Tierra, es Keedaythen, y tú eres un estúpido cabezota al no querer admitirlo. Pero yo no pienso como tú, ¿me oyes, vejete? ¡Tú has destruido mis cuadros!

Se inclinó, sollozando incontinentemente y, de repente, con la expresión de un demente, saltó hacia el hogar. El abuelo trató de parapetarse detrás de la mesa, pero Wade pasó corriendo por su lado. Cogió los libros de su especie de altar casero y, uno a uno, arrojó al fuego.

—¡Esto es lo que yo pienso de la Tierra! ¡Dios mío, Dios mío, toda mi obra...!

El libro de Shakespeare cayó en medio de las llamas y produjo una lluvia de chispas. La Biblia corrió la misma suerte un segundo después, y ambas obras ardieron apasionadamente. *Mil Años de Pintura* aterrizó a su lado y se chamuscó, mientras sus obras griseaban espantosamente.

El abuelo quiso avanzar hacia la chimenea lanzando un grito estrangulado, púrpura el rostro y los ojos fuera de sus cuencas. Wade comenzó a desgarrar las paredes, destrozando los cuadros y arrojando también los fragmentos al fuego. Los paisajes de madera de kiril, más sólidos, cayeron al fondo del hogar con un sonido hueco.

—¡Y este maldito recuerdo, y éste...! ¡Herencia cultural! ¡Recuerdos de la Tierra! ¡Maldigo ese condenado y appestoso lugar, que ahora seguramente no es más que un montón de chatarra...!

El anciano cayó de rodillas. Una blanquecina baba resbalaba por su barbilla, y sus mejillas tenían el color de la ceniza, pero no se escapó ni el menor sonido de su garganta. Pareció caer muy despacio, retorciendo el cuerpo desde la cintura, como la pluma de un kelave, y flotar por la niebla, abriendo secretos senderos que quedamente se cerraban detrás. Cuando llegó al suelo la piedra apenas hizo ruido.

La niebla colgaba en cortinajas grises en el hoyo oblongo, llenándolo y afirmando

sus derechos sobre la caja de madera de kiril que pronto ocuparía su sitio. Wade se hallaba un poco separado del resto, como entumecido por la culpa y el inesperado dolor, aislado menos por voluntad de los demás que por su propia inmovilidad. Un niño sollozó en brazos de su madre y fue acallado con impaciencia.

Thomas, que ahora era el colono decano, avanzó y dio comienzo al servicio fúnebre. Lo recitó con serenidad, aunque vacilando a veces, y cuando Wade comprendió por qué aquel hombre tenía que confiar sólo en su memoria, gimió sin darse cuenta de ello. Thekla le tocó gentilmente el brazo.

—En cuanto al hombre, sus días son como hierba... y... como una flor silvestre... y así floreció.

La madre, con los ojos secos, espiaba a Wade con ansiedad. Empezó a llover.

—Porque el viento le pasó por encima, y ha desaparecido y... y... el sitio ya no lo conocerá.

Las gotas de lluvia caían sobre el rostro de Wade, unas gotas fragantes, con el perfume de la nueva hierba y la tierra mojada. La inmovilidad general empezó a quebrantarse un poco.

«Ochenta y tres años. No se siente bien, Wade. Ya no puede durar mucho...»

Y el tiempo pasa, incansable como las nubes de lluvia, en los inimaginables años-luz entre esas estrellas en las que él sólo creía a medias.

Como una flor silvestre.

Pero aquí no había flores silvestres, pensó Wade de pronto. Ninguna de esas margaritas de bellos colores, ni las dalias o las rosas de los cuadros impresionistas que ahora no hay en ninguna parte del mundo. Y el viento nunca pasa por encima de nada; se enreda con la niebla y las nubes, y compone bellísimas formas propias.

Wade aflojó sus puños y subrepticamente flexionó las manos; la derecha empezó a curvarse lentamente. Debía de haber alguien, pensó, bien entre esas cuarenta y ocho personas, o las aún por venir, que viese las palabras con tanta pureza como él podía ver los colores. Alguien que pudiera escribir un nuevo servicio de funerales..., así como sonetos, comedias, conmemoraciones..., todo, todo..., ahora, en Keedaythen.

FIN

Titulo Original: "A Delicate Shade of Kipney"

Publicado en: ISAAC ASIMOV'S SF, Jan-Feb, 1978

Titulo en español: "Un delicado matiz de Kipney"

Publicado en: Isaac Asimov's N° 5 Revista Ciencia Ficción, May 1980

Traducción: Miguel Giménez Sales

Digitalización para Velero 25: Quinx